

CAPITULO CXXXI.

En que se trata de cómo el indio Turco que llevaban por guía, desmintió el camino cogiendo otro rumbo diferente del que se llevaba, y de otras cosas.

Año de 1541. Otro día partió de allí el campo, guiando el Turco como solía, y se vió conocidamente haber mudado el rumbo del camino que se llevaba, porque caminando de hacia donde sale el sol y Norte, vieron que caminaba para do sale el sol, y aunque se le echó de ver el mismo día que salieron del alojamiento de los indios, que les torcía y les mentía el camino, no se le dijo cosa alguna, sino que iban por donde aquel perro los llevaba, y se imaginó que los indios acaso le dijeron que si llevaba aquella gente para que matasen y destruyesen los de su tierra, que los llevase á donde se perdiesen y muriesen todos. De allí tres ó cuatro días que hubieron caminado, pararon para tratar y conferir sobre si iban bien ó no por aquel camino, y un pobre mozo salió á matar alguna carne con otros, y se apartó en seguimiento de una res, y los otros aguardando, y viendo no venía, se volvieron al real, entendiendo que por otra parte habría ido; mas el pobre, como se vió sólo, debió de parar como barco por la mar, sin gobierno, dándose mucha priesa á andar, y cuanto más anduviese más se debía apartar del real, y habiendo visto lo que pasaba, lo que hicieron los soldados fué atar unos manojos de yerba seca encendida, para que los viese, y á caballo y con sus armas tocar trompetas andando á vista del real; pero él nunca más pareció.

A la mañana comenzó el campo á caminar, dejando aquel pobre perdido, que si por ventura se esperaran aquel día y le salieran algunos á buscar, le hallaran; mas el general no quiso, diciendo que más se aventuraba en acabarse el bastimento y

perecer todos en aquellos llanos, con que caminaron, y parece que desde aquel día no se acertó en cosa que se hiciese, porque de allí á otras dos jornadas de á donde esto sucedió, habiendo llegado á un arroyo que estaba en unas barrancas altas, no se había hallado otro en todo el camino. Como á las tres de la tarde, estando el cielo sereno y el sol muy claro y el tiempo sin mudanza, vino de repente un turbión de granizo en mucha cantidad, y las piedras eran tan grandes como huevos de ánzar, y las menores, mayores que nueces, y como huevos de gallinas. Andaban paciendo los caballos, y con las muchas piedras que les daban, dispararon sin quedar ninguno; pero quiso Dios que todos fueran á parar á aquellas grandes barrancas, por donde no pudieron pasar, que si acertasen á ir por los llanos, no fuera posible, si no que desbarataran, de suerte que todos ó muchos de ellos se perdieran y no se pudieran hallar; y algunas tiendas que estaban armadas, las rompió y desbarató, y quebró todo lo que no estaba cubierto, como ollas, comales y otras alhajas. Los soldados se armaron de celadas y rodelas para adargarse de las muchas piedras que caían, y los indios dijeron que muchas veces sucedía caer este granizo en aquellos llanos y matar una res; este turbión sucedió día de la Ascensión del Señor del año de mil y quinientos cuarenta y uno.

CAPITULO CXXXII.

En que se trata cómo el general, como solía, se determinó con los de su acompañamiento, ir á ver lo que el Turco decía, que ya se tenía por falso, y el ejército se tornó á Tiguex.

Año de 1541. Presumiendo ya en este tiempo, que el Turco mentía y llevaba gran malicia, y que iban perdidos por haber desmentido

el camino, se acordó que el general se adelantase con los que solía, para ver y entender lo que hubiese, y que el campo se volviese á Tiguex, tierra abastecida, y se proveyese de comida para invernar allí y esperar al general, el cual sería presto de vuelta con certidumbre de lo que hubiese; y así se hizo, y habiendo partido el general, D. Tristán de Arellano se volvió con el campo, sin camino ninguno, por el mismo rumbo por do habían ido; y volviendo á pasar junto á aquel gran pueblo de Cocuique, tampoco le quisieron salir los indios á hablar, antes guardaron su ropa, y yendo caminando, llegaron al otro pueblo llamado Ximena, y también se estuvieron encerrados y encastillados, y otro día al pueblo de los Silos, que también se halló despoblado como la primera vez, y en los Silos mucha cantidad de maíz, con el cual la gente y los caballos tuvieron algún refugio, y se recrearon descansando allí dos días, y luego partieron para el valle de Tiguex, donde, habiendo llegado, hallaron todos los pueblos despoblados, y se aposentaron en el mismo pueblo de Coofort, donde habían estado antes, y luego todos se dieron á recoger maíz y venados de los otros pueblos, trayéndolos por el río abajo en balsas.

Al cabo de dos meses, pocos más ó menos, el general y todos los que con él fueron, volvieron á Tiguex, y contaron haber andado bien cien leguas, sin camino ninguno en todo ello, después que se apartaron del campo, al cabo de los cuales fueron á parar á las espaldas de lo que llaman la Florida, y dijeron era mentira y engaño todo lo del Turco, y que desde la ranchería de los gandules que andaban en los llanos, desmintió el camino y los llevó hasta salir á la parte de donde era el indio que tenía señalada la vaquilla en la frente, y fueron á parar á un pueblo que se decía Quibira, habiendo caminado siempre por llanos, dejando atrás el rastro de las vacas, que todo lo atravesaban. Llegados al pueblo de Quibira, que tenía mucha fama de oro, y se decía que el cacique tenía una plancha de él, que para adornarse se la ponía en sus fiestas, la cual era como de hechura de patena, y era de cobre; y vista la burla, y que el pueblo tendría hasta cien casas nomás, descansaron allí algu-

nos días para que los caballos se reformasen y reparasen; y habiéndose proveído de comida, dieron la vuelta para Tiguex, llevando consigo al indio Turco, al cual trataban mal y iba empuerado, con que á pocas jornadas le dieron garrote. Túvose por mal hecho y cosa no acertada, porque lo que el indio decía, debía de ser así, por lo que después acá se ha dicho de Nuevo México, y ya que en lo del oro mintiese, en otras cosas dijo verdad, como de ello consta; pero Dios fué servido que entonces ni se supiese ni entendiese, y que de una cosa tan grande no se tuviese noticia, por la razón que de Nuevo México se dá, y lo que en aquel tiempo tanto engrandecían de Tzíbola, ya no se toma en la boca, y sólo se hace mención de aquel pueblo que está en lo alto, llamado Atlaco, con aquel género de cerca, ni de un tan grande río como el de Tiguex, ni de sus pueblos, ni de aquel pueblo grande de Cocuique, ni del de Urba, por irse al Nuevo México por diferentes rumbos.

Hallóse en los llanos de las Vacas un arroyuelo muy gracioso y verde, y unas matas de arbolillos del gordor de un dedo y de un estado de alto, cargado de ciruelas de España, moradas como las zaragocías, de muy buen gusto y en ninguna cosa discrepantes á las dichas; y más adelante, se decía había muchas uvas, que aunque eran montecinas, tenían muy buen sabor; y habiendo llegado de vuelta á Tiguex, fueron recibidos de todos con gran contento y alegría, y invernarón allí.

CAPITULO CXXXIII.

En que se trata cómo Don Pedro de Tobar volvió á Tiguex á dar razón y cuenta de lo sucedido en el alzamiento del valle de Corazones contra la nueva villa de San Jerónimo.

Año de
1541.

En la ocasión que el general Francisco Vásquez Coronado llegó de su jornada, volvió Don Pedro de Tobar de su viaje,

que, como dicho queda, había ido á saber lo sucedido en la villa de San Jerónimo, y á remediar y poner en cobro lo que hubiese, y contó lo que pasó y sucedió, que fué en esta manera: que habiendo muerto el capitán Melchor Díaz á la vuelta del descubrimiento del río del Tizón, y dejado en su lugar á Juan de Alcaraz, vecino de Culiacán, que tenía á su cargo los que volvieron y los que antes estaban, y como la fama de la tierra no era muy buena, algunos soldados de aquellos, se huieron para México, y los indios de aquella comarca, se comenzaron á desabrir y exasperar de algunos servicios, y ayudas que hacían á los españoles que había en aquella villa, y aunque se barruntó y tuvo noticia que se querían alzar y que se andaban aparejando para ello, y que habían hecho una estatua en nombre del capitán, y puesta en un terreno, todos tiraban á ella muchas flechas diciendo: "¡Capitán !capitán,!" y que después de muy pasada, la daban gran grito volviendo á repetir: "¡capitán! ¡capitán,!" y la llevaron arrastrando hasta un puesto á donde se sentaron á beber de un vino que habían hecho de tunas, por haber muchas en aquellas partes, y aunque, como digo, se tuvo noticia y aviso, hubo descuido en el capitán, con que no acudió á cosa de prevención, con que una noche vino toda la tierra sobre ellos, y primeramente dieron y acudieron en la casa del capitán y le mataron y hirieron á otros, y todos murieron rabiando, por estar las flechas envenenadas con hierba, y los que murieron en este conflicto, fué el capitán Juan de Alcaraz y un hidalgo Fulano de Temiño, hermano de Baltasar de Bañuelos, minero que fué en Zacatecas, al cual hirieron poca cosa en una pierna, por lo cual no hizo caso de ello, y al tercero día, yéndose con otros camino de Culiacán, murió; y otro buen soldado que se decía Luis Hernández, entrándole la flecha por la abertura que hacían las armas debajo del bazo, y luego cayó muerto; y otro, Domingo Fernández, criado que había sido del maese de campo Lope de Samaniego, al cual hirieron un poco en la mano, en la horcajadura, por causa del veneno; y de esta manera murieron otros, y los que quedaron, como personas sin cabeza, ni quien los rigiese y gobernase, te-

miéndose de otro tal suceso, cogiendo cada uno su pobreza, unos cogieron el camino de Culiacán para irse á México y otros el de Tzíbola en busca del general para darle razón de lo sucedido, con los cuales encontró Don Pedro de Tobar, que los volvió consigo hasta el pueblo despoblado, con ánimo de hacer el mayor castigo que pudiese; pero hallólo todo tan yermo y los indios huidos, que no hizo más que despachar las cartas y recaudos que llevaba á México, y volverse á Tiguex, donde halló la vuelta, y el general determinó ir á ver las vacas, y fué á ver los pueblos que estaban más hacia la mano derecha de donde el campo había ido, los cuales le recibieron y dieron comidas, y no estando lejos los llanos, fué á ellos y mató algún ganado.

CAPITULO CXXXIV.

En que se trata de cómo, estando invernando el campo en Tiguex, corriendo el general en un caballo, cayó de él y se lastimó, de que se siguió tratar de dejar la jornada y dar la vuelta para México.

Año de
1541.

Estando, como dicho es, invernando el campo en la provincia de Tiguex, cada uno procuraba engordar su caballo para cualquiera suceso, y así todos los caballos estaban muy gordos, por tener abasto el bastimento de maiz, y un día festivo salió el general con algunos capitanes á pasearse por el campo en un muy buen caballo, que entre otros tenía, ensillado á la gineta, y como el caballo estaba holgado, gordo y brioso, iba desasosegado, y viéndolo el general desabrido, que era muy buen ginete, metióle pierna, y la silla que llevaba era nueva, y aquel día se había estrenado con una cincha nueva, la cual debía de estar podrida, porque se quebró por tres ó cuatro partes, con que la

silla se trastornó y el general cayó dando un gran golpe con la boca en el suelo, de que quedó sin sentido y con un gran chinchón en ella, que después le abrieron, de que se siguió el decir que de aquel golpe se le trastornó algún tanto el juicio, porque teniéndole él antes muy asentado y siendo hombre de muy gran reposo, consideración y consejo en todo y de mucho valor, desde allí adelante tuvo unas temas y puntillos con los otros capitanes y ellos con él, que les admiró, porque nunca conocieron en él, sino una afabilidad y llaneza muy generosa, con que todos, con muestras de desabridos, trataron de que se diese la vuelta para México y se desistiese de la jornada, alegando para ello las muchas diligencias que se habían hecho en demanda y busca de tierra donde asentar y la incomodidad en todo lo que se había visto y sabido se hallaba, y que lo mejor de todo era aquello do al presente estaban, y eso era de pueblos desparramados y encastillados, que ateniéndose à sus cercas, cada uno de por sí se había de conquistar y costar mucho la pacificación, y no embargante que la tierra parecía buena y que produciría cualquiera cosa que se sembrase en ella, y que se daría trigo y otras cosas de Castilla, pero que podría ser lo impidiesen los grandes y muchos hielos que caían en ella, porque ya habían visto helarse el río con ser grande, de tal manera, que se pasaban los caballos cargados por encima del carámbano de una parte á otra; además, que por todas partes, estaba tan apartada de la mar, de donde, por muchas leguas que había de distancia, no se podría tener servicio ni aprovechamiento de las cosas que por la mar podrían venir, y se sabía que de donde estaban hasta México, había más de quinientas leguas, cosa trabajosísima para proveerse de allá; y según lo que se había visto, la tierra era pobrísima, porque en todo lo que se había andado no se había hallado muestra de oro ni de ningún metal ni veta, sino eran aquellas turquesillas que vieron, pocas, pequeñas y de ningún valor, y de los que poblasen, viendo tantos inconvenientes, muchos se huirían dejando solos á los otros á riesgo de que los matasen los indios, con que ninguno se animaría ni querría ir á poblar, ni morir en tan mísera tierra; que lo mejor era dar

la vuelta para México, donde podría suceder ofrecerse en qué mejor poder servir á Dios, al rey y bien público, pues cuando salieron de México había rumor de algún alzamiento; y que aquello se quedase, pues Dios proveería de remedio, como causa suya, para su conservación, y que esto era mejor, que no una tan buena parte de gente pereciese y se consumiese en tierra tan desaprovechada y en duda de que ellos fuesen de algún provecho en ella; y aunque era verdad todo esto, como los soldados estaban hechos á la grandeza de México, todos fueron de parecer que se volviesen, y quien lo alentaba más era el general, porque fuera de la indisposición de su caída, tenía en México buen repartimiento de indios, mujer noble y hermosa con todas las demás partes que podía tener, y por la malicia de la tierra, tenía temor de algún suceso en su deshonor, y así se holgó de que á todos les pareciese más acertado el volverse, y para su seguridad, cogió firmas de todos de la determinación de la vuelta; pero allegando que firmasen los capitanes y gente noble, repararon en que si firmaban, se les echaría á ellos la culpa si fuese la vuelta á disgusto del virrey, y volvieron á repetir que, dado por asentado las incomodidades de la tierra y lo que se había conferido sobre el salir de ella, convendría irse saliendo poco á poco, reparando en la mejor parte que pareciese y que se le hiciese mensajero al virrey para que él ordenase lo que se debía hacer; mas alzado una vez el campo, no paró, sino que se volvió por las mismas partes y pasos por donde habían ido.

Y porque llega el año de cuarenta y dos, volvamos á ver lo que pasó en la Galicia después que nuestros españoles alcanzaron aquella grandiosa victoria, ayudados de los ángeles y del apóstol Santiago (como se dijo en su lugar), y trataron de mudar la ciudad del puesto de Tlacotlán y fundarla en el valle de Tonalán y puesto de Atemaxac, donde después se fundó y ahora permanece.